

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

FUNDADOR, D. PEDRO MOTILBA

AÑO XII

BARCELONA 9 DE MAYO DE 1901

NÚM. 546

ARTISTAS DE ZARZUELA

(TEATRO DEL TÍVOLI)



PILAR MARTÍ



CHARLA

UES señor, estamos divertidos con esto de las huelgas.

A lo mejor nos quedamos sin el servicio de tranvías, cosa terrible para las empresas y para las gentes de poco andar.

Las que tienen callos están con el alma en un hilo, pensando siempre algo desagradable para sus desdichados pies.

Aun recuerdo, con dolor profundo, lo que le ocurrió á un amigo la semana pasada.

Era lunes, día señalado para asistir á la boda de una cuñada suya, que se casaba con un empleado de la Diputación, algo rubio, y emparentado con un concejal republicano.

Pues bien: mi amigo, que vive en San Gervasio, se levantó temprano, se afeitó con una maquinilla, como Dios le dió á entender, y se dispuso á colocarse un precioso terno de *chaquet* que acababa de enviarle el sastre.

Tarareando un aire de zarzuela, cogió las flamantes botas de charol, dejóse caer en una silla baja, y haciendo «abur», con un pie juguetonamente, lo coló dentro de la bota, apretando después con el tirante.

Dos lágrimas como castañas brotaron de sus ojos, y un ¡ay! de angustia suprema se escapó de su garganta.

El calzado era estrecho y corto. ¡Horror!

Se puso en pie y se quedó como una grulla, apoyándose en la portezuela del guardarropa.

¡Pobre amigo!

Y no había más remedio: tenía que salir sin pérdida de momento: su familia lo esperaba y sin él no había boda posible.

Pensando en esto y haciendo un gran esfuerzo, se puso todas sus galas, y andando de tacón se dirigió á la calle, dando saltitos y ayes entrecortados.

De este modo anduvo algunos pasos, hasta que, casi sin fuerzas, le preguntó á un transeunte:

—Diga usted: ¿hace mucho rato que pasó el tranvía?

El aludido lo miró con sorpresa, y, con sonrisa angelical, le contestó:

—Mucho, sí, señor; pero Dios sabe cuándo pasará otro.

—¿Por qué?—insistió mi desventurado amigo.

—¡Toma! Porque los dependientes se han declarado en huelga.

Una bomba arrojada á sus pies no le hubiera producido más desastroso efecto.

Con el pensamiento midió la distancia que tenía que recorrer y un sudor frío inundó su cuerpo.

Pero aun pudo más su fuerza de voluntad; y, calándose el sombrero hasta las orejas, siguió valerosamente por la calle de la Amargura.

Al volver una esquina tuvo por necesidad que apoyarse en la cesta de una criada de servicio, y no fueron desvergüenzas las que le propinó la maritornes.

Los chicos se reían de él y no faltó algún descarado que, al verle dar aquellos traspiés, le dijera en su propia cara:

—*Camará*, ¡buena la has cogido!

Aquella situación no podía continuar y el pobre chico cayó de rodillas en un portal, perdiendo el sentido y el modo de hablar.

Entre dos guardias lo llevaron á la Casa de Socorro más próxima, le rociaron la cara con agua del tiempo, y dándole un puñetazo en la nuca le hicieron volver á la vida ordinaria.

Todos los que vuelven en sí de un desmayo suelen preguntar al abrir los ojos:

—¿Dónde estoy?

Mi amigo exclamó con angustia:

—¡Que me las quiten!..

Los guardias no entendieron lo que quería decir y le preguntaron:

—¿Qué quiere usted tomar?

—¡Un tranvía!...—repuso aquel infeliz.

—Se ha vuelto loco,—dijo el médico.

—¡Que me las quiten, que me las quiten!...

Y el pobre chico se desmayó con más fuerza.

No sé lo que hubiera ocurrido, si uno de aquellos guardias no hubiera acertado á buscarle en la cartera las tarjetas y allí las señas de su casa, donde lo trasladaron en un coche.

Cuando ayer me contaba mi amigo esta catástrofe, apretaba los puños con rabia y amenazaba á todos los tranvías que pasaban por su lado.

¡Oh! ¡Las huelgas son terribles!

Y llegará día en que todos los gremios se disgusten, y huelga general.

Y ni habrá pan ni nada. Total: el fin del mundo, gracias al socialismo.

Ayer me encontré á un procurador sudando la gota gorda.

—¿Qué le pasa?—le pregunté.

—¡Otra huelga!—me contestó, casi sin poder hablar.

—¿Los tranvías otra vez?

—¡No, señor! ¡Los inquilinos!... ¡A nadie encuentro, ninguno me paga!

Y, estrujando un paquete de recibos, apretó á correr como un loco.

JOAQUÍN ARQUES.

UNA CONSULTA

—Vamos, doctor Escudero: diga usted pronto qué tiene.

—¡Calma, calma! No conviene diagnosticar tan ligero.

¿Qué siente usted?

—En este lado del vientre, aquí, una opresión, especie de inflamación...

—Sí que está un poco inflamado.

¿Y náuseas?

—Muy á menudo; y siento deseos...

—¿Eh?

—Doctor, me parece que es pulmonía.

—Lo dudo.

—Pues yo me creí que era ..

—Pues, hija, muy mal creído.

(Pausa.)

¿En dónde está su marido?

—¿Marido?... Yo... soy soltera.

—Pues, señor, sin ser doctor, su mal á la vista salta.

Usted ha tenido una falta.

—Una sola, sí, señor.

—Pero, doctor Escudero, ¿usted cree que sanará?

—Sí, señora: curará en cuanto llegue febrero.

Su mal es impertinencia.

—¡Qué bien el doctor se explica!

Y la cosa... ¿será chica...?

—No llega á tanto mi ciencia.

Abur. No tenga cuidado.

—Se pone usted tan formal...

—Es un caso natural.

—¡Qué pronto me lo ha notado!

VENTURA DE LA VEGA.



Sombrero de última moda, muy elegante y muy caro. Pero, ¡por Dios, no lo lleven cuando vayan al teatro!



DOS SONRISAS

Dos sonrisas y expresiones distintas tienen las dos. La de una, es la sonrisa que determina el albor de la juvenil edad; el primer rayo de sol que hace entreabrir el labio con candorosa expresión. Es el botón de la rosa que al recibir el calor de la hermosa primavera,

sus encantos desplegó, ofreciéndola un tesoro de pureza y de candor. La otra también es bella, mas con elocuente voz está diciendo que es fruto, tal vez, de acerbo dolor que lentamente destruye las fibras del corazón; es el rayo postrimero de aquel espléndido sol

que en la aurora de la vida placentera iluminó los inefables encantos de la primera ilusión.

.....
Dos sonrisas diferentes y son emblemas las dos de la aurora y del ocaso del humano corazón.

R. DEL C.

TRIANERAS

A DON FRANCISCO MESQUIDA, MI QUERIDO AMIGO

A tu recuerdo, alma mía, va unido mi pensamiento, y en él se condensan siempre tu cariño y mi tormento.

—
Al que le echaba la tierra le he pedido por favor un hueco en su fría tumba para enterrar mi ilusión.

—
Entre cuatro ejios coloqué su cuerpo. Desde aquel instante, *mare* de mi alma, yo vivo muriendo.

—
Ruisseñor que alegre cantas llamando á tu compañera,

dila por Dios que me traiga mi pobre *ilusión primera*.

—
Tus palabras son, morena, como un reloj inseguro. Caricias para el presente; desdenes para el futuro.

—
Si Dios te llega á pagar, mi vida, como mereces, lo que me has hecho llorar lo vas á llorar con creces.

—
No me quiere nadie, no me dejes, *nena* Que mis pobres ojos tus besitos cierren cuando yo me muera.

ENRIQUE MOULY

SEVILLA

ESCRITO EXPRESAMENTE PARA "LA SAETA"

MUCHOS artistas, después de visitar Sevilla, han tratado de conocer la atracción misteriosa que ejerce sobre el visitante. Este estudio es algo complejo. Ninguno se ha decidido francamente por nada, y así la han ido atribuyendo, á la luz, á la poesía, á los recuerdos, á las flores, á las mujeres...

Nápoles, Venecia y París tienen una causa perfectamente definida de atracción. En Sevilla es múltiple. Aquí el viajero puede sentir y gozar según las inclinaciones de su espíritu; puede entregarse á los románticos sueños del amor ardiente, árabe y celoso, ó á la jerga viciosa con manzanilla y mujeres alegres, pasar de un salto desde el ambiente más moruno, á la más palpitante actualidad.

Sevilla siempre hermosa recibe el numeroso ejército de sus adoradores con encantable naturalidad. No se engalana premeditadamente, no acude á los ficticios adornos, embadurnándose la cara con albayalde, las cejas con negro de humo y los labios con carmín; no. Como joven á quien se sorprende en el *boudoir* antes de comenzada la *toilette*, así está ella en este abril florido, cuando medio mundo se da cita en su seno, y así el amante cree gozar con los íntimos tesoros nunca vistos por otro y que ella anteriormente mostró á cuantos quisieran verlos: su abundante cabellera destrenzada sobre una vega de luz, su cuerpo descansando sobre las márgenes del más poético de los ríos, su seno donde florece el azahar, sus labios entreabiertos

amantes con carcajadas rítmicas, y sus ojos negros—sus ojazos negros de sultana—vertiendo destellos mágicos á través de los largos flecos de pestañas sedosas...

**

Y analizando para conocer el espíritu de la ciudad, se descubre á la mujer. Sevilla es la Mujer, como París es el Arte y Nápoles el Amor; Sevilla es *gracia*, algo más sublime sin duda que el inmortal fuego que robase Prometeo al Olimpo.

Ver una sevillana, es ver á Sevilla.

Amasar un rayo de sol, perfumarlo con azahares, modelarlo según preceptos de la estética clásica, tomar del abismo lo negro para que el abismo también se refleje en ella, y sujetarlo en sus cabellos y en sus

ojos, fijar luego el clavel más rojo en sus labios, y tendréis algo parecido á lo que es una mujer sevillana. Su voz es suave como la brisa que mueve los naranjos de los jardines del Alcázar, su cuerpo dotado de gallardía y esbeltez como la Giralda, su corazón generoso y fecundo unas veces dilatado con expansiones de alegría locamente infantil, otras triste con poéticos llantos de amor. Cuando marcha, balancéase como la nave á impulsos de las ondas de un mar tranquilo; y á su paso atrae con el movimiento de sus caderas lúbricas, con el aroma fresco que despiden sus carnes de jazmín y de rosa.

**



La Saeta

Si la mujer sevillana es bella siempre, aun lo es más cuando visita la Feria. Sus galas son blancas ó teñidas de los dulces tonos del grana y del azul, los encajes la envuelven, la mantilla



retira á la *caseta* no es á descansar, sino para poner una vez más en ejercicio los nervios de su delicado cuerpo: para aturdirse en el baile, en el rumor del canto, en el palmoteo alegre, en el repicar de las castañuelas, en el chispear de la olorosa *manzanilla*, en los efluvios eróticos de unos ojos fijamente abiertos, en los olores penetrantes de la brisa nocturna, después de haber recibido el aliento cálido de tantos seres como llenan la Feria.

* * *

Por la mujer pasa la Feria sin ajarla. En los días que siguen á estas locas noches, la podéis ver en la ventana con el ramo de flores prendido entre las negras trenzas y la piel luciente y fina. Sus ojos no están enturbiados, su cuerpo no está mustio. En ellas hay algo que vive eter-

blanca cuelga airosa de su cabeza y cobija el seno amplio, y debajo de las faldas ondulantes asoman dos juguetones pies, calzados con finísimas medias de sedas y aprisionados en el diminuto estuche de lindos zapatos.

Y así cruza la calle San Fernando y desemboca en el *Real*, de día mancha de color brillantísima, de noche, decoración fantástica, donde parece que las hadas enredaron sus vestiduras de luz; y lo recorre todo, ágil, majestuosa, satisfecha, oyendo constantemente en sus oídos las frases que el entusiasmo arranca, teniendo que inclinar á cada paso los ojos ante el furor de miradas sombrías de pasión; y cuando se

namente, como el amor.

Y si la mujer es Sevilla, para la ciudad transcurre también el período de fiestas primaverales sin desflorar sus encantos.

Cuando los turistas la abandonan, cuando la calma de la vida ordinaria vuelve á renacer, aun Sevilla se engalana como en días de festejos. La Primavera acaba de derramar sus dones, el aura sigue soplando perfumada, los pensiles se argentan, las fuentes murmuran, y en el eco de una noche despejada no es extraño escuchar los sonos dulces de la guitarra y la voz quejumbrosa del pueblo cantando sus amores.

ALFREDO BLANCO.

PASIONAL

Cuanto más imposible me parece
el dulce amor que anhelo,
más fuerte y decisiva absorto escucho
la voz de mi deseo.

Me hace falta tu amor, como las aguas
del manantial al ciervo;
como al alma abatida por la duda
el cristiano consuelo.

Me hace falta tu amor incomparable,
tu cariño sincero,

tu pasión verdadera, grande y pura,
que sature mi pecho
de ignoradas delicias, solamente
presentidas en sueños.

Si á comprender llegases lo que ansío
tu amor; si al comprenderlo
justa ser desearas, mi ventura
rayaría en lo inmenso;
y es que con entusiasmo fiel te adoro
y con sin par sinceridad te quiero.

FERNANDO FRANCO.

TRISTEZAS... ¡AY!

AL NEOMODERNISTA JOSÉ MIRÓ SANMARTÍN

—¡Ay, madre del alma,
qué horrible tristeza!
¡Yo no puedo arrancar de mi pecho
la imagen de aquélla!...
¿Por qué no me alivias?
¿Por qué no me alegras?
—Porque voy á cortar la cebolla
y hacerte la cena.
—Pues córtala, madre,
pero oye mis penas.
—Pues aviva la lumbre entretanto,
que poco te cuesta.
—¡Ay, madre del alma,
qué horrible tristeza!
¡Cómo saltan y vibran mis nervios,
pensando en aquélla!
La vi por la calle
graciosa y modesta,
una tarde que estaba chupando
pastillas de menta.
La vi con su tía
pasar por mi vera,
y al pasar me miró de tal modo
que eché detrás de ella.
La tarde que digo,
lucía dos trenzas
de color... de caballo que gime
pensando en su yegua.
Sus labios cubrían
blanquísimas perlas.
Su nariz era griega, achatada ..
más chata que griega.
Sus ojos dos soles.
Sus cejas, ¡qué cejas!
Parecían dos arcos .. voltaicos.
—¡Siempre se exagera!
—No, madre, no miento.
Jamás vi morena
más bonita de cara y de curvas
que Luz, de soltera.
Por fuera de casa
pecaba de seria;
mas por dentro, ¡Dios mío, por dentro
daba gusto verla!...
¡Tan linda y alegre!
¡Tan púdica y buena!
¡Con qué gracia tan dulce solía
decirme ternezas!
¡Ay, madre, qué idilios
oyó su escalera!
¡Cuántos días pasé deliciosos
con Luz y sin ella!
Mas ¡ay! una tarde
perdí la cabeza,
y al final de un idilio amoroso,
la beso y me besa...
La sangre, bullendo,
corría en mis venas
y latía... latía... ¡La tía
nos vió en la escalera!
¡Qué insultos! ¡Qué voces!
¡Qué ruido! ¡Qué escena!
Luz lloraba... ¡lloraba! .. ¡lloraba!...
—¡Que no est y tenienta!
¡Caray, cuánto lloro!
—¿Te causo tristeza?
—¡Qué tristeza, ni qué calcetines!
—¿De qué, pues, te apenas?
¿A qué viene el llanto
que viertes sin tregua?
—¡La cebolla que corto, hijo mío,
que escuece de veras!
Prosigue tu cuento.
—No es cuento; es tragedia,
porque al mes nos casaron, y entonces
maldije mi estrella.
¡Bien dijo el que dijo
que todo *cambea!*

Luz varió por completo, y hoy, madre,
no puedo ni verla.
—Después de tres años
me sales con ésas?
Pero, di, ¿á qué has venido?
—¿Yo?... A menos;
pero es culpa de ella.
—Y ¿no tienes hijos?
—Dos niñas... y media.
¿De qué sirve una Luz si no *alumbra?*
—Entonces, batiaca,
¿por qué me persigues
con ayes y quejas?
¿Porque tienes disgustos? ¡Disgustos
los tiene cualquiera!
¿Qué importa su genio,
si en cambio es honesta?
¿No te aumenta la prole cada año?
¿No está siempre buena?
—¡Pues eso me aflige,
que Luz no fallezca!
¡Quién pudiera vivir siempre á *obscuras,*
rediez, quién pudiera!

A. SERRA CUBELLS.



Retrato de una italiana
que es en el arte un portento;
toca el violín, toca el arpa
y otra porción de instrumentos.



Regreso de la caza

LA CAPA DE JOSÉ

ILUSTRADO POR LOS ARTISTAS CARMEN CALVÓ Y CARLOS LARROSA (TEATRO GRANVÍA)

MARIQUITA Pérez era la viuda más apetitosa que se han echado ustedes á la cara. Casada á los veinte años, enviudó á los dos de casada, no faltando malas lenguas que achacaban á la hermosa mujer la causa de la muerte de su marido.

—¡Mariquita se ha comido vivo al pobre Paco!—decían algunos.

Como si la muchacha hubiese sido algún antropófago.

Pero la verdad era que los ojos de Mariquita despedían unas chispas capaces de encender al hombre más refractario al calor.

¡Y sus labios!... ¡Vamos, que sus labios encendidos, ardientes, incitantes y frescos, eran la más deliciosa de las tentaciones!

Y luego ¡tenía unas formas!... ¡Unas curvas tan acentuadas, unos contornos!... Por eso decían, sin duda, las malas lenguas, que Mariquita tenía algo de vampiro, que arrebatava poquito á poco la vida del desventurado que se uniese á ella.

Era la personificación del deseo en toda su espléndida sensualidad.

Un día tropezó en su camino con José Alvarez, un guapo mozo, empleado en una oficina del Estado, elegante, simpático, pero excesivamente tímido.

Le vió Mariquita y dijo en su interior:

—He aquí mi hombre. Es joven, robusto, buen mozo, tiene posición y me gusta.

Y le miró de aquella manera que ella sabía mirar cuando pretendía, con el fulgor de su mirada, encender la hoguera del amor en el corazón de un hijo de Adán.

Y como Pepito lo era, pues sintió que algo se agitaba en su pecho, y miró también á Mariquita.

Esta se sonrió, y Pepe, por no ser menos, se sonrió también.

Y como la viudita era una dignísima hija de Eva, pues .. nada, que se empeñó en que nuestro empleado mordiese la manzanita.

Pero aquí fué Troya.

Pepito no podía vencer su timidez y... y su castidad.

Porque todo lo que tenía de buen mozo y de enamorado, lo tenía de casto.

Un día estaba en casa de Mariquita.

Esta había ya agotado todos los medios para hacer que el joven se explicase. Pero ¡que si quieres! José había pedido ya dos vasos de agua para apagar el ardor que sentía.

Y como no podía pedir el tercero, porque hubiera sido demasiada agua, se disponía ya á marcharse, cuando Mariquita le dijo:

—¡Ay, Pepito! Si usted me hiciera un favor...

—Diga usted,—balbuceó el joven, volviendo la cara á otro lado, porque las miradas de su interlocutora le abrasaban.

—Se me ha desabrochado esta bota... y con el



corsé no puedo valerme. Si quisiera usted abrochámela... Dispense si le molesto; mas...

Y, así diciendo, puso un pie sobre la silla y mostró á Pepe el arranque de una pierna que... que para el pobre chico le pareció el principio de la escala de Jacob.

Con temblorosa mano y dirigiendo á otra parte la vista, porque aquella pantorrilla, precursora de otras bellezas mayores, le causaba vértigos, trató de abrochar la bota.

Pero ¡cal! Ni un botón solo pudo poner en su sitio. El calor de aquella pierna tan admirablemente modelada le entorpecía los dedos.

Y tan torpe se encontró y tan próximo á cometer alguna torpeza mayor, que de repente se separó de la joven, diciéndole:

—Dispense usted, Mariquita; pero no puedo más.

Y salió de estampía de la casa, y dió con su cuerpo en un café, donde se bebió el tercer vaso

de agua que no se atrevió á pedir á Mariquita. Pasó algunos días sin verla.

Pero, finalmente, y no queriendo pasar plaza de grosero, una tarde, al salir de la oficina, se embozó en la capa y se dirigió á la casa de la viuda, diciendo:

—Estaré un momento, y con eso no tendré necesidad de pedir ningún vaso de agua.

Pero ¡ya... ya! ¡Buena estaba la viuda para dejarle escapar!

Pepe se sentó á bastante distancia de Mariquita.

Mas ésta se las compuso de modo que se encontró, por fin, á su lado.

Y hablándole y sonriendo y mirándole con aquellos ojos cristales donde se reflejaban las llamas de la pasión, de tal manera mareó al pobre muchacho, que éste, no pudiéndose contener más, trató de levantarse.

Pero Mariquita, tirándole de la capa, le dijo:

—Pero ¿dónde va usted tan pronto? ¿Tan mal se encuentra usted á mi lado?

Y Pepe volvió á sentarse y volvieron los mareos, hasta que, comprendiendo que no era ya un vaso de agua lo que necesitaba para apagar la sequedad de sus labios, se levantó rápidamente, diciendo:

—Adiós, Mariquita. ¡No puedo más!

—No se marche usted, hombre, no se marche usted, — le dijo ella, reteniéndole por la capa.

—Es necesario, — repuso con voz sofocada el joven.

—¡Le quitaré la capa y no podrá salir sin ella!

—Quédese la capa en buen hora; pero me voy.

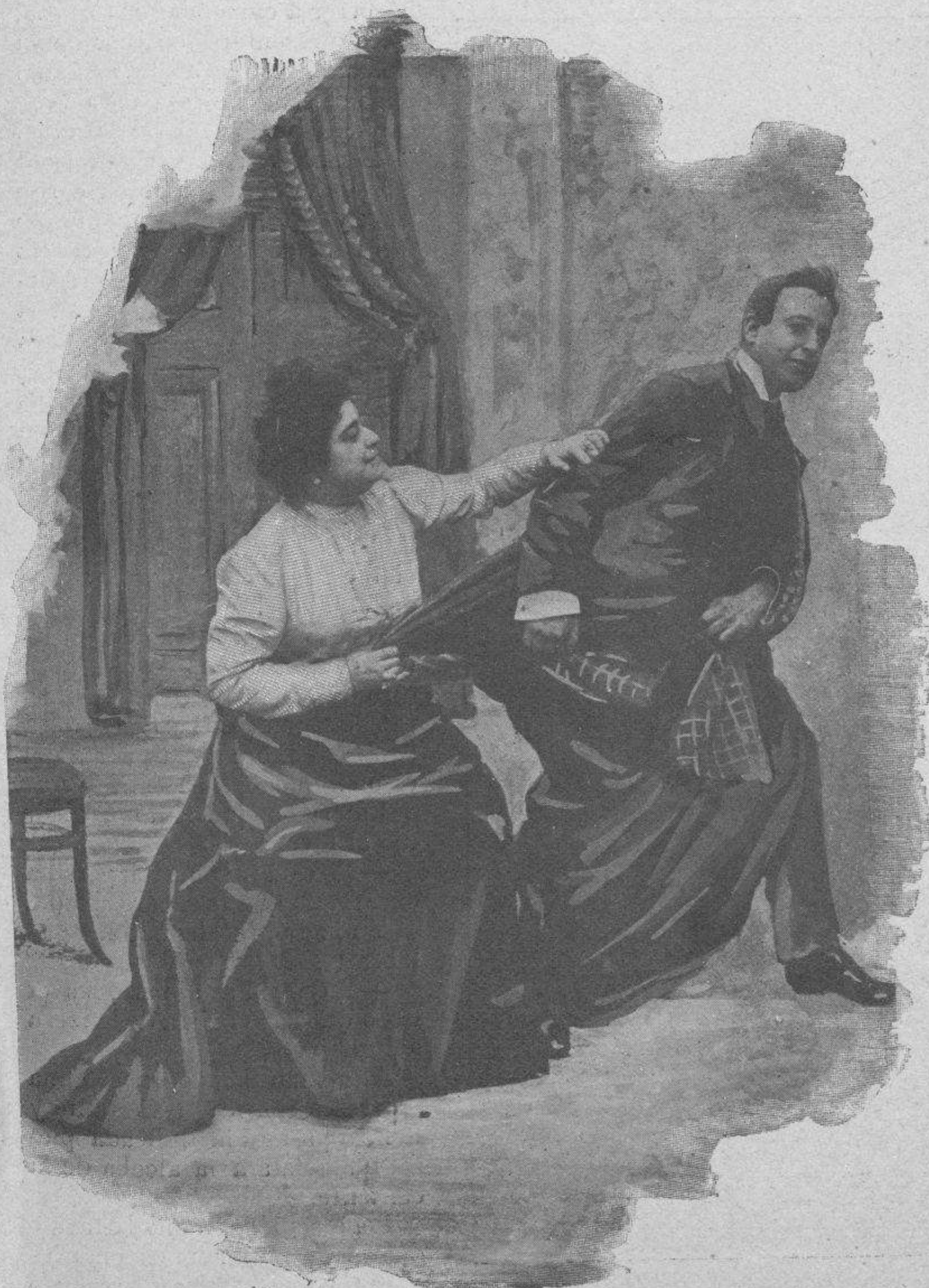
Y dejó la capa en manos de Mariquita y salió de la sala.

Pero... pero al llegar á la puerta de la escalera el frío que sintió le obligó á detenerse.

Y pensó que salir á la calle sin la capa era exponerse á coger una pulmonía.

Por lo tanto, era menester recuperarla.

Y entró de nuevo en la sala y... cogió la capa; pero... ya no se marchó.



UN JOVEN TÍMIDO

NADA más lejos de mi ánimo que excitar á la juventud masculina á mostrarse desvergonzadamente atrevida con el bello sexo; pero he de confesar que encuentro preferible la osadía á la timidez llevada al extremo; éste era el defecto de mi amigo Pepe Calcaño, y á él debió no pocos lances ridículos como el que voy á referir.

Estaba Pepe enamorado de una cantante de café, á quien llamaremos Lili, por designarla de algún modo, y durante algún tiempo contentóse con saludarla, poner los ojos en blanco, suspirar y... nada más. Mi amigo era buen mozo y gozaba fama de rico; así es que la cantante, á pesar de tener un *protector* de edad madura, ó precisamente por tenerlo, procuraba dar pie á aquél para que se tomase la mano; pero ¡que si quieres!

Fué necesario que ella le invitase dos ó tres veces á visitarla para que Pepe se resolviese á ir á su casa, y allí se repitieron las escenas de miradas tiernas y lastimosos suspiros, sin que hubieran fuerzas humanas que le sacaran de tan insulsos preliminares. Un día le dijo Lili con intencionado acento:

—Hoy no trabajo... y esta noche estaré viuda...

—¡Cuánto se va usted á aburrir!—fué todo lo que se le ocurrió á aquel desdichado.

Algunas horas después, y al meterse en su casto lecho, Pepe se dió á pensar sobre lo que habría querido decirle Lili; comprendió la invitación que encubrían las palabras de ésta, y á

punto estuvo de volver á vestirse y correr á enmendar su torpeza; pero ¡presentarse en casa de su amada á las dos de la mañana! No era esta empresa para acometida por mancebo tan tímido.

Formó, sin embargo, formal propósito de dominar su corteidad, y á la noche siguiente, no sin haberse animado con media docena de copas de ron, presentóse en el teatro y se arriesgó á pedir á Lili una entrevista para el día siguiente.

—Venga usted á casa á las cinco,—repuso ella en tono amable;—pero le advierto que no podré concederle más que tres horas.

¡Tres horas! ¡El tiempo suficiente para conquistar la torre de Malakoff!

Pepito esperó lleno de ansiedad el momento de la cita, y al otro día, cuando daba la primera campanada de las cinco, tocaba él el timbre de la puerta del piso en que moraba Lili.

La criada que salió á abrir dijo al joven:

—No está la señorita; pero ha encargado que la espere usted...

Y añadió, recalando las palabras:

—Y que, si se aburre, lea el libro que hay encima de la mesa del gabinete.

Al mismo tiempo dirigió una picaresca sonrisa al visitante y le hizo pasar á la indicada pieza, inmediata á la alcoba de la cantante.

Pepe sentóse en una butaca y dejó transcurrir unos cuantos minutos, bostezando y mirando al techo.

Luego se acordó de la reco-



De hombre, resultas hermosa; pero te falta una cosa.

mendación de la fámula, levantóse y cogió el libro, cuya blanca cubierta estaba cruzada por una línea recientemente manuscrita, que en caracteres enormes decía así: «ESTOY EN MI ALCOBA».

Pepe creyó volverse loco de alegría.

Aquello era una invitación formal. Lili se había hecho cargo de su timidez y apartaba todo obstáculo de su camino... Allí, detrás de aquellas vidrieras cubiertas de muselina, estaba ella, esperándole amorosa, dejando descansar sus encantos en blando lecho, y esperando con afán la prometida visita... No había más que dar unos cuantos pasos, levantar un pestillo... y penetrar en aquel Paraíso sin serpiente.

Pepe se puso en pie como movido por un resorte; llegó hasta la puerta de la alcoba, puso una mano en el pomo.. y le flaquearon las piernas, á la vez que un sudor frío inundó su frente.

¿Y si se hubiera equivocado? ¿Si la letra no fuese de Lili ó el aviso no estuviera destinado á él? Porque ¿qué había hecho para merecer tal dicha? Además, si se había engañado y la criada le sorprendía introduciéndose en la más reservada de las habitaciones, ¿cómo justificaría semejante libertad? ¿No se podría creer que trataba de cometer algún robo? ¿No se vería arrojado ignominiosamente y para siempre de aquella casa que tanto le importaba frecuentar?...

Estas y otras reflexiones igualmente extravagantes hicieronle retroceder. Volvió á su butaca, dejó pasar un rato, cobró nuevos ánimos... y vuelta á levantarse y vuelta á vacilar y á desistir de sus propósitos.

Tales maniobras repitiéronse tres ó cuatro veces, y se hubieran repetido cuatrocientas si, ya cerca de las ocho, no se hubiera presentado la criada, diciendo en tono de sorna:

—La señorita acaba de avisar por teléfono que no puede venir á cenar.

Era una despedida en toda regla.

Pepe salió tambaleándose como un ebrio, y, apenas cerrada la puerta, llegaron á sus oídos sonoras carcajadas que brotaban de dos gargantas femeninas.

Esto no obstante, y sacando fuerzas de flaqueza, á las once se presentó en el café donde cantaba su amada y preguntó á ésta con voz quejumbrosa:

—¿Cómo es, querida Lili, que.. ?

Ella, volviéndole la espalda, le interrumpió exclamando:

—¡Vaya usted á...!

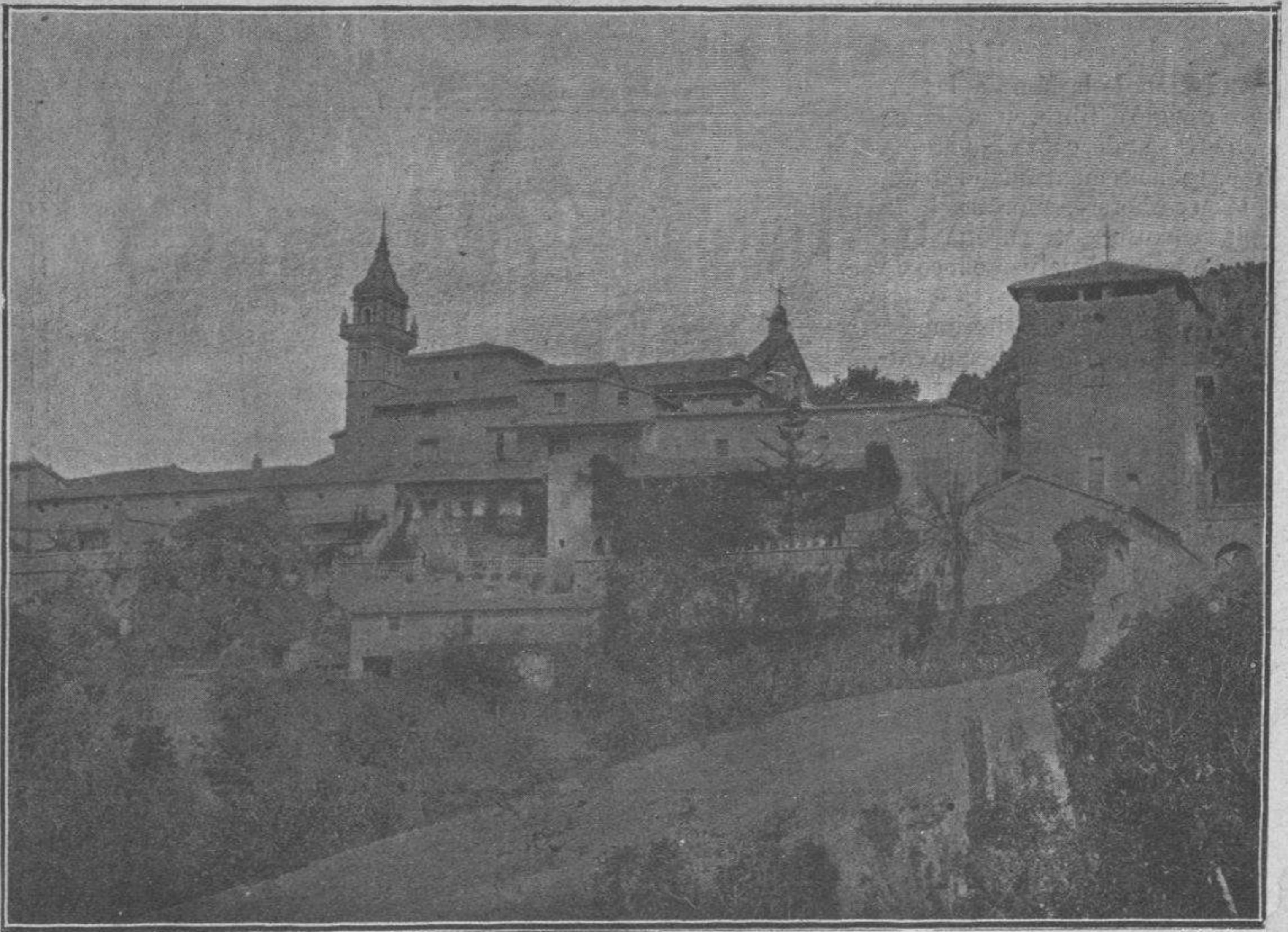
No puedo consignar aquí adónde le mandó.

Pero ¡harto sabido es cómo las gastan las cantantes de café, y muchas que no lo son, cuando quieren demostrar á un hombre que sienten por él profundo desprecio!

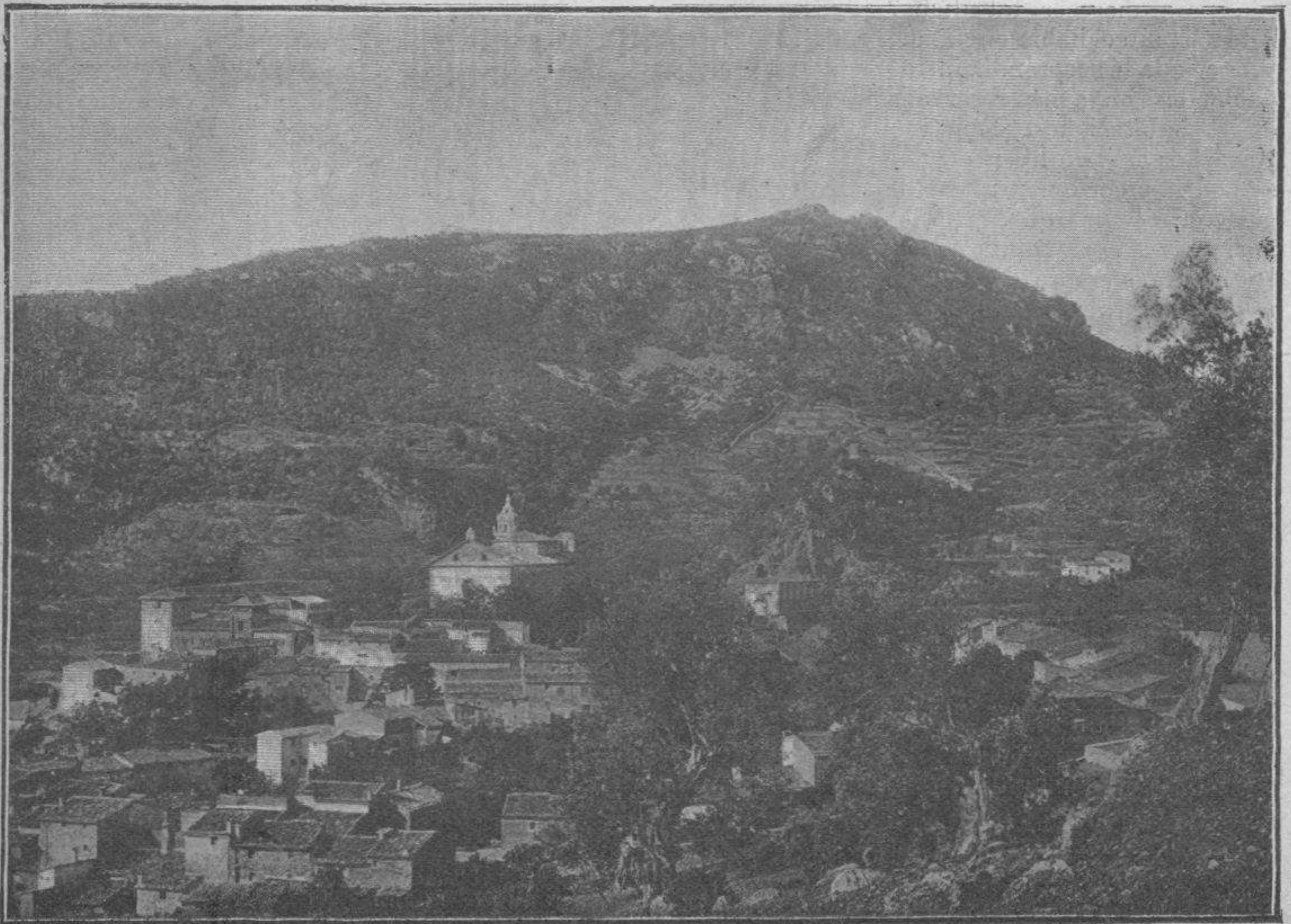
Pepe quedó anonadado; no volvió á acercarse á Lili... pero tampoco se ha curado de su timidez.



Con traje á la federica
está muy guapa esta chica.



BALEARES.—VALLDEMOSA.—LA CARTUJA



BALEARES.—VALLDEMOSA

Miscelánea

Tenemos el gusto de advertir á nuestros lectores que doña Sebastiana Sola tiene á su cargo la corresponsalia de las siguientes publicaciones: *Heraldo de Madrid, El Pats, El Nacional, La Lidia, La Caza Ilustrada, Arte y Letras, y Heraldó Taurino.*

Dirigirse al kiosco de la Rambla, número 3.

COCINA CÓMICA

Arroz santo

Colocas en la cazuela un par de kilos de arroz; con trozos de palo santo haces lumbre en el fogón, y cuando ya esté la cosa en el punto de rigor, echas algunos pedazos del gallo de La Pasión; que más santo que este guiso ninguno habrá, como hay Dios.

J. A.

DESPUÉS DE UNA MARCHA forzada, de un do de pecho, de un largo discurso, nada descansa las fauces, nada refresca la boca como el *Licor del Polo*. Por esto los ciclistas, cantantes y oradores son tan entusiastas del dentífrico nacional, por ser el más higiénico de los dentífricos.

Se habla de la inteligencia de los animales, y dice un andaluz:

—Yo he visto un perro que se dejó morir de hambre porque su amo no podía pagar al casero.

Gedeón se presenta en la taquilla de un teatro, y pide una butaca.

—¿Para Mariana?—pregunta el empleado.

—No,—contesta Gedeón;—para mi.

DINERO se facilita sobre papeletas de los Montepíos, pianos sin retirar, á comerciantes con dos firmas, en primera hipoteca y toda garantía que convenga. Puertaferri, núm. 11, 2.º, 2.ª, de 10 á 1 y de 4 á 7.

Un borracho se cae al suelo en medio de la calle, y un transeunte que acude á levantarle le dice:

—Esto le enseñará á usted á no emborracharse.

—No, señor: á lo que me enseñará es á no andar por la calle cuando estoy borracho.

Cierto patán decía que no tenía confianza en la vacuna.

—¿De qué sirve?—exclamaba.—He conocido á un niño, lindo como una rosa, á quien su familia hizo vacunar... y murió dos días después.

—¡Cómo! ¿Dos días después?

—Sí... Se cayó de un árbol, y se mató... á pesar de la vacuna.

AGUA DE COLONIA de fino perfume y baratura incomparable, no hay otra que la de Orive. Mejor y 4 veces más barata que las extranjeras. Desde 3 rs. frasco. Litro 4 ptas.

En el Casino de un balneario y durante un concierto: —¿Ha visto usted con qué vigor ataca ese número el director de orquesta?

—Sí, ya lo he visto: lo ha atacado con tanto vigor, que el infeliz no ha podido defenderse.

—¿Qué quiere usted decir?

—Pues que ha sido destrozado sin piedad.

COLMOS

- El de un cerrajero, abrir el apetito.
- El de un cazador, matar ilusiones.
- El de un pescador, pescar calenturas.
- El de un jugador, perder los estribos.
- El de un nadador, nadar en la abundancia.
- El de un guardia civil, buscar gatos pardos.
- Y el de un carretero, llevar de las riendas el poder.

J. M.ª GALLEGO BENAVENT.

ABURRIDO EL MÉDICO de recetar todos los *antirreumáticos*, usa el *Bálsamo de Orive*, y entonces triunfa, se acredita y es bendecido. Farmacias. 2 ptas. frasco.

Tarjeta

EMILIA DEL VORN

GRAGEL.

Con estas letras debidamente combinadas, formar el nombre de una zarzuela castellana.

J. V. CHANIDOC.

Adivinanza

¿Sabes en qué se parecen
el cesante y el poeta,
y el sabio y el escritor
á los bu:yes de carreta?

RICARDO DASÍ.

Carta logográfica

Sr. D. 1 2 3 4 5 6 7 8 9 0.

Muy señor mío:

La presente sólo es para decirle dónde me tiene que dirigir las cartas.

Las señas son: 1 9 6 0 9 7 9 3 4 1 9 6, para entregar á 8. 4 1 2 7. Calle de 8 9 5 6 7 2, número 4 3 5 2 6 7, 8 1 9 8 5 9 3 1.

4 0 5 2 4 1.

Donde tiene á su disposición á este S. S. Q. S. M. B.,
8. 4 1 2 7.

M. CERVERA Y MENGUIJÓN.

Cruz latina

```

* * *
* * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * *
* * *
    
```

Substituir las estrellitas por letras, de modo que leídas horizontal y verticalmente, resulten tres nombres de varón.

PEDRO JUAN GUILLEM.

Soluciones á lo insertado en el núm. 545

JEROGLÍFICO.—De un certero golpe de machete maté á un enemigo.

ACRÓSTICO:

A B D O N
A N A C L E T O
R O M A N
P I O
B A R T O L O M E
F E R N A N D O
P A N T A L E O N
M A R C E L O
C I R I L O
D I E G O
Z E N O N
S A N T I A G O
A N T O N I O
G A B R I E L
F E D E R I C O
C A M I L O
S A N D A L I O

LOGOGRIFO NUMÉRICO.—Martínez.
CRUZ LATINA:

```

A F
M E
A M A L I A
F E L I P E
I P
A E
    
```

FUGA DE CONSONANTES:

A tus cabellos envidia,
que, al caer sobre tu frente,
ven de cerca tu hermosura
y te besan cuanto quieren.

Prohibida la reproducción de los originales de este número

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Toda la correspondencia
al Administrador D. ROMÁN GIL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, BALMES, 86

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre. 6 pesetas.
Año. 11
Extranjero y Ultramar, un año. 17
Número corriente, 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.

Establecimiento tipográfico de B. Baseda, Villarroel, 17 —Barcelona



Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga; Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Cápsula lleva el nombre



PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

En efecto: una barca salía de los zarzales, á unos doscientos pasos del lugar que ocupaban. Dicha barca, conducida por el escribiente, ganaba la mitad del estanque, y el alguacil, de pie sobre el esquife, tenía á *Parpailot* entre sus brazos.

—¡Ah, miserable!—exclamó Gay, corriendo hacia la orilla.—¡Quiere ahogar á mi perrol... ¡Pronto, pronto! ¡Javelle, ayúdame!

Daniel y el guarda campestre le siguieron para evitar una desgracia; porque Gay montaba su escopeta, á pesar de su carrera. Javelle se echó encima de su amigo y le cogió por medio del cuerpo. En aquel momento se oyó la caída de un cuerpo pesado sobre el agua. Daniel, á pesar que ayudaba al padre Javelle á contener á Gay, que era más vigoroso que aquél, apostrofaba al corchete, que no podía oírlo, y hablaba al mismo tiempo al guarda que, echando espuma por la boca, no quería escuchar razones; mas echó una mirada hacia la barca y soltó instantáneamente á Gay y su escopeta, diciendo:

—¡También se ahoga el corchete, también se ahoga el corchetel

—¡Oh, Dios mío, cuánto me alegro!—exclamó Gay, levantándose del suelo, en el que se revolcaba con el padre Javelle, que no le había soltado.

El pobre perro, á pesar de la piedra que le habían atado al cuello, había subido á flor de agua. Mouflet, al verlo aparecer de nuevo, había cogido un remo para matar al animal; mas habiendo dado el golpe en vago, el corchete cayó al agua, y como no sabía nadar, se estaba ahogando. Su escribiente, como no tenía más que un remo, hacía dar vueltas á la lancha vigorosamente; pero, á pesar de sus esfuerzos, no podía alcanzar á su amo, cuyos brazos suplicantes se elevaban sobre la superficie del agua.

—¡En nombre de Dios, no dejemos morir á ese hombre!—dijo Daniel, quitándose su frac.

—¡Mirad, señor, mirad!—dijo Gay, con lágrimas en los ojos, y mostrando con temblorosa mano la cabeza del alguacil, que volvía á aparecer á flor de agua.

Aquella cabeza parecía impulsada hacia la orilla por una mano invisible.

—¿Veis mi perro?—continuó Gay con voz entrecortada.—¿Lo veis? Ese pobre animal salva al que lo quería matar.

En efecto: *Parpailot*, habiéndose desembarazado milagrosamente de la pesada piedra que le habían suspendido al cuello, sostenía nadando al miserable corchete, que llegó desvanecido hacia ellos.

—¡He aquí un hombre bien castigado de la cobardía que quería cometer!—dijo Daniel, sacando enteramente del agua el cuerpo inanimado de Mouflet.

—¡Si no fuera por el temor de Dios, estamparía la culata de mi escopeta en su innoble fisonomía!—repuso Gay, volviendo la cabeza al mismo tiempo para evitar la tentación.

—No seamos menos generosos que *Parpailot*, mi valiente Gay,—dijo Daniel.

Javelle, con las manos llenas de piedras, se entretenía en tirarlas á la barca, y una de ellas hubo de darle al escribiente, porque éste lanzó un grito de dolor y se ocultó velozmente en el fondo del esquife.

—Ven, ven á cuidar de tu digno amo,—le decía Javelle en alta voz; y luego añadió por lo bajo:—que cuando llegues ya te cuidaré yo á ti.

—¡Vamos! ¿Concluirás de una vez, viejo obstinado?—le gritó Gay á su amigo, que se acercó paso á paso, volviendo la cabeza á cada momento, por ver si el acólito de Mouflet se levantaba del fondo de la barca.

—¿Tienes ganas de concluir con los guijarros que te quedan?—le preguntó Gay.

—¡Aquí, *Parpailot*, ven aquí!—le decía Daniel, que tenía ganas de acariciarlo.

El perro corría de acá para allá alegremente, en torno de ellos, pero sin acercarse ni un paso más cuando llegaba á cierta distancia, lo que sorprendió á Daniel.

—No vendrá, caballero,—le dijo Gay;—estad seguro que no vendrá.

—Y ¿por qué?

—Porque se ha comido la tortilla del padre Javelle, y ya sabe que le espera una buena corrección.

(Continuará.)

M. ASSARDON.



De D. Emilio Orset, para anuncio de corridas de toros
(núm. 329 del catálogo)

LA SAETA



20 céntos.

Núm. 547

La condesa de Peña-Dal-Vert

(CONTINUACIÓN)

—Cuando usted dice que es honrada y de buena familia, ya es una recomendación.

—Yo no sé, si ella será apta para el cargo de camarera, ni si querrá venir.

—Hombre, usted envíela y ya veremos lo que sabe y lo que quiere. Conociéndola usted y conociendo su familia, ya tiene buena recomendación para mí.

—Mil gracias, condesa, mil gracias por esa confianza que la inspiro y que tanto me honra.

—Ya sabe usted que la merece,—repuso Carolina, fijando una mirada bastante expresiva en su interlocutor.—Si todos los hombres fuesen como usted, ¡qué distinto andaría el mundo!

—Yo soy un pobre pecador como los demás; la ventaja que tengo sobre ellos es que procuro siempre rodearme de personas que si no me dan, por lo menos no me quiten reputación.

—¡Hay hombres tan malos..!

—Es verdad; pero no me negará usted que también hay mujeres que...

—Sí. Cierto: de todo hay en el mundo. Pero usted mejor que yo todavía sabe que hay hombres que apenas han obtenido el más insignificante favor de una mujer, hacen de ello público alarde, con lo cual ponen á la infeliz en berlina y la obligan después á que haga cosas en que quizás no habría pensado.

—Pues ahí es donde está precisamente el gran talento de la mujer: en saber elegir la persona á quien poder conceder uno de esos favores tan deliciosamente agradables para un hombre, sin que nadie pueda sospecharlo siquiera. Ahí tiene usted á ese amigo de quien tantas veces me ha oído hablar, Ugarte. Hace dos años que es el amante ignorado de la baronesa de C.

—¿Qué dice usted, Gosálvez?—exclamó Carolina, mirando sorprendida á su interlocutor.

Este, sin hacer apenas movimiento alguno y con la mayor indiferencia, dijo:

—Cuidado, condesa; calme usted su asombro, que nadie pueda advertir nada.

Carolina admiró la impasibilidad de su interlocutor y siguió su consejo.

—Conque la baronesa, con sus pujos de virtud y su reputación de cristiana y...

—Si no quita lo uno para lo otro, Carolina. La cuestión es saber cubrir las apariencias; y

crea usted que esos placeres misteriosos, esos goces que ignora todo el mundo, deben tener un encanto extraordinario.

—Es verdad,—repuso la condesa mirando fijamente á Luis.

Este, como si no lo advirtiera, dijo, después de un instante:

—De modo que usted desea que le envíe esa chica de quien antes hablábamos.

—Desde luego, si usted cree que me puede convenir.

—Es discreta y callada.

—Buena condición.

—Fiel como ella sola, y como que tiene algo que agradecerme, cuanto yo le diga que haga, tenga usted la seguridad que lo hará.

Y Luis acentuó de un modo marcado estas palabras.

—Eso quiere decir que le pertenece á usted...

—Me debe muchos favores.

—¿No más que favores?—preguntó Carolina con acento indefinible.

—No más.

Luis Gosálvez mentía descaradamente.

Pero su acento era tan sincero, que la condesa no tuvo más remedio que creerle.

—Pues no deje usted de enviarme esa chica,—dijo después de un momento.

—Por varios estilos, creo que la convendrá.

III

La camarera

Dos años antes de estos sucesos, Luis Gosálvez había encontrado en su camino una pobre mujer, de quien se enamoró del único modo que él podía hacerlo: con los sentidos.

Había ido de caza al soto de un amigo suyo, y en el pueblo cercano, donde pernoctaron, asomada á una ventana en medio de las flores que cubrían todo el marco de ella, había una joven encantadora, sencillamente vestida, contribuyendo esta misma sencillez para realzar sus encantos.

La joven miraba con curiosidad á los cazadores.

—¡Hermosa mujer!—exclamó Gosálvez, mirándola.

(Sigue en la penúltima página.)